

que es lo que quiero que no sea mi hijo. A mas de esto, ¿quién te ha dicho que los oficios envilecen á nadie? Lo que envilece son las malas acciones, la mala conducta y la mala educacion. ¿Se dará destino mas vil que guardar puerco? pues esto no embarazó para que un Sixto V fuera pontífice de la iglesia católica....

Pero esta disputa paró en lo que lecreis en el capítulo cuarto.

CAPITULO IV.

En el que Periquillo da razon en qué paró la conversacion de sus padres, y del resultado que tuvo, y fué que lo puricron á estudiar, y los progresos que hizo.

Madre, sin embargo de lo dicho, se opuso de pié firme á que se me diera oficio, insistiendo en que me pusiera mi padre en el colegio. Su merced le decia: no seas cándida; y si á Pedro no le inclinan los estudios, ó no tiene disposicion para ellos ¿no será una barbaridad dirigirlo por donde no le gusta? Es la mayor simpleza de muchos padres pretender tener á pura fuerza un hijo letrado ó eclesiástico, aun cuando no sea de su vocacion tal carrera, ni tenga talento á propósito para las letras; causa funesta, cuyos perniciosos efectos se lloran diariamente en tantos abogados firmones, * médicos asesinos, y eclesiásticos ignorantes y relajados, como advertimos.

Todavía para dar oficio á los niños es menester consultar su génio y constitucion física, porque el que es bueno para sastre ó pintor, no lo será para herrero ó carpintero, oficios que piden, á mas de inclinacion, disposicion de cuerpo y unas robustas fuerzas.

* Se llama así á los abogados que teniendo pocos negocios en sus bufetes, ocurren á los Oficios de los escribanos, y antiguamente á los Bancos de los procuradores, á poner su firma por cuatro reales, ó un peso, en los escritos, que segun las leyes, no podian correr sin este requisito. E.

No todos los hombres han nacido útiles para todo. Unos son buenos para las letras, y no generalmente, pues el que es bueno para teólogo, no lo será para médico; y el que será un excelente físico, acaso será un abogado de á docena, si no se le examina el génio; y así de todos los letrados. Otros son buenos para las armas é ineptos para el comercio. Otros excelentes para el comercio y topos para las letras. Otros, por último, aptísimos para las artes liberales, y negados para las mecánicas, y así de cuantos hombres hay.

En efecto, hombres generales y á propósito para todas las ciencias y artes se consideran, ó como fenómenos de la naturaleza, ó como testimonios de la Omnipotencia divina, que puede hacer cuanto quiera.

Sin embargo, yo creo firmemente que estos *omniscios*, que una que otra vez ha celebrado el mundo, han sido solo unos monstruos (si puede decirse así) de entendimiento, de aplicacion y de memoria, y han admirado á las generaciones por cuanto han adquirido el conocimiento de muchas mas ciencias que el comun de los sábios sus coetáneos, y las han poseido, tal vez, en un grado mas superior; pero, en mi concepto, no han pasado de unos fenómenos de talento: rarísimos en verdad; mas limitados todavía infinitamente, y no han merecido ni merecerán jamás el sagrado renombre de omniscios, pues si omniscio quiere decir el que todo lo sabe, digo que no hay mas que un omniscio dentro y fuera de la naturaleza, que es Dios. Este Ente Supremo es sí, el único y verdadero omniscio, porque es el que única y verdaderamente sabe todo cuanto se puede saber; y en este sentido, conceder un hombre omniscio, fuera conceder otro Dios, de cuyo absurdo están muy lejos aun los que honraron al profundo Leibniz con tan pomposo título.

Acaso este grande hombre no seria capaz de ensuelar un zapato, de bordar una sardineta, ni de hacer otras mil cosas que todos vemos como meras frioleras y efectos de un puro

mecanismo; y sin acaso, este ingenio célebre, si resucitara, tendria que abjurar muchos de sus preceptos y axiomas, desengañado con los nuevos descubrimientos que se han hecho.

Todo esto te digo, hija mia, para que reflexiones que todos los hombres somos finitos y limitados, que apenas podemos acertar en una ú otra cosa: que los ingenios mas célebres no han pasado de grandes; pero ni remotamente han sido universales, pues esta es prerogativa del Criador, y que segun esto debemos examinar la inclinacion y talento de nuestros hijos para dirigirlos.

No me acuerdo donde he leído que los lacedemonios para destinar á los suyos con acierto, se valian de esta estratagema. Prevenian en una gran sala diferentes instrumentos pertenecientes á las ciencias y artes que conocian; supon tú, que en aquella sala ponian instrumentos de música, de pintura, de escultura, de arquitectura, de astronomía, de geografia, &c., sin faltar tampoco armas y libros: hecho esto disponian con disimulo que varios niños se juntasen allí solos, y que jugasen á su arbitrio con los instrumentos que quisiesen, y entre tanto, sus padres estaban ocultos y en observacion de las acciones de sus hijos, y notando á que cosa se inclinaba cada uno de por si; y cuando advertian que un niño se inclinaba con constancia á las armas, á los libros, ó á cualquiera ciencia ó arte, de aquellas cuyos instrumentos tenian á la vista, no dudaban aplicarlos á ellos, y casi siempre correspondia el éxito á su prudente examen.

Siempre me ha gustado esta bella industria para rastrear la inclinacion de los niños; asi como he reprobado la general corruptela de muchos padres que á tontas y á locas encajan á los muchachos en los colegios, sin indagar ni aun ligeramente si tienen disposicion para las letras.

Hija mia, este es un error tan arraigado como grosero. El niño que tenga un entendimiento somero y tardo, jamás hará

progresos en ciencia alguna, por mas que curse las aulas y manosee los libros. Ni estos ni los colegios dan talento á quien nació sin él. Los burritos entran todos los dias á los colegios y universidades cargados de carbon ó de piedra; y vuelven á salir tan burros como entraron; porque así como las ciencias no están aisladas en los recintos de las universidades ó gimnasios, así tampoco estos son capaces de comunicar un adarme de ciencia al que carezca de talento para aprenderla.

Fuera de esto, hay otra razon harto poderosa para que yo no me resuelva á poner á mi hijo en el colegio, aun cuando supiera que tenia una bella disposicion para estudiante, y esta es mi pobreza. Apenas alcanzo para comer con mi corto destino, ¿de dónde voy á cojer diez pesos para la pension mensual, y toda aquella ropa decente que necesita un colegial? y ya ves tú aquí un embarazo insuperable. No, dijo mi madre, que hasta entónces solo habia escuchado sin despegar sus labios para nada: no, esa no es razon ni menos embarazo; porque con ponerlo de capense ya se remedió todo. Muy bien, dijo mi padre, me has quinado; pero vamos á ver qué salida me das á esta otra dificultad. Yo ya estoy viejo, soy pobre, no tengo que dejarte: mañana me muero, te hallas viuda, sola, sin abrigo ni que comer, con un mocetón á tu lado que cuando mucho sabrá hablar tal cual latinajo y aturdir al mundo entero con cuatro *ergos* y pedanterias que el mismo que las dice no las entiende; pero que en realidad de nada vale todo eso; porque el muchacho como no tiene quien lo siga fomentando, se queda varado en la mitad de la carrera sin poder ser ni elérigo, ni abogado, ni médico, ni cosa alguna que le facilite su subsistencia ni tus socorros por las letras; siendo lo peor que en ese caso tampoco es útil ya para las artes; pues no se dedicará á aprender un oficio por tres fortísimas razones. La primera, por ciertos humorcillos de vanidad que se pegan en el colegio á los muchachos, de modo que cual-

quiera de ellos solo con haber entrado al colegio (y mas si vistió la beca) y saber mascar el Ciceron ó el Breviario, ya cree que se envileceria si se colocara tras de un mostrador, ó si se pusiera á aprender un oficio en un taller. Esto es aun siendo un triste gramatiquillo, ¿quién será si ha logrado el altisonante y colorado título de bachiller? ¡Oh! entonces se persuade que la tierra no lo merece. ¡Pobres muchachos!

Esta es la primera razon que lo inutiliza para las artes. La segunda es, que como ya son grandes, se les hace pesado el trabajo material, al paso que vergonzoso el ponerse de aprendices en una edad en que los demás son oficiales, y aun se dificultaria bastante que hubiera maestro que quisiera encargarse de la enseñanza y mantencion de tales jayanes.

La tercera razon es, que como en tal caso ya los muchachos tienen el colmillo duro, esto es, ya han probado á lo que sabe la libertad, de manera ninguna se quieren sujetar á lo que tan fácilmente se hubieran sujetado de mas niños; y cádate ahí el estado de tu Pedro si lo ponemos á estudiar y muero dejándolo, como es factible, en la mitad de la carrera; pues se queda en el aire sin poder seguir adelante ni volver atras. Y cuando tú veas que en vez de contar con un báculo en que apoyarte en la vejez, solo tienes á tu lado un haragán inútil que de nada te sirve (pues en las tiendas no fian sobre silogismos ni latines), entonces darás á Judas los estudios y las bachillerias de tu hijo. Con que, hija mia, hagamos ahora lo que quisieras haber hecho despues de mis dias. Pongamos á oficio á Pedro. ¿Qué dices? ¿Qué he de decir? respondió mi madre; sino que tú te empeñas en mortificarme y en hacer infeliz á esa pobre criatura, tratando de ordinario poniéndolo de artesano, y por eso hablas y ponderas tanto. Pues qué ¿ya sabes que es un tonto? ¿ya sabes que te vas á morir en la mitad de sus estudios? ¿y ya sabes, por fin, que porque tú te mueras se cierran todos los recursos? Dios no se muere: parientes tie-

ne y padrinos que lo socorran: ricos hay en Mexico harto piadosos que lo protejan, y yo que soy su madre pediré limosna para mantenerlo hasta que se logre. No, sino que tú no quieres al pobre muchacho; pero ni á mí tampoco, y por eso tratas de darme esta pesadumbre. ¿Qué he de hacer? soy infeliz y tambien mi hijo. . . . Aquí comenzó á llorar la alma mia de mi madre, y con sus cuatro lágrimas dió en tierra con toda la constancia y solidez de mi buen padre, pues éste, luego que la vió llorar la abrazó como que la amaba tiernamente, y la dijo: no llores, hijita, no es para tanto. Yo lo que te he dicho es lo que me enseña la razon y la esperiencia; pero si es de tu gusto que estudie Pedro, que estudie norabuana; ya no me opongo: quizá querrá Dios prestarme vida para verlo logrado, ó cuando no, su Magestad te abrirá camino, como que conoce tus buenas intenciones.

Consolose mi madre con esta receta, y desde entonces solo se trató de ponerme á estudiar, y me empezaron á habilitar de ropa negra, arte de la lengua latina y demas necesarias menudencias.

No parece sino que hablaba mi padre en profecía, segun que todo sucedió como lo dijo. En efecto, tenia mucho conocimiento de mundo y un juicio perspicaz; pero estas cualidades se perdian, las mas veces, por condescender nímiamente con los caprichos de mi madre.

Muy bueno y muy justo es que los hombres amen á sus mugeres y que les den gusto en todo cuanto no se oponga á la razon; pero no que las contemplen tanto que por no disgustarlas, atropellen con la justicia, esponiéndose ellos, y esponiendo á sus hijos á recoger los frutos de su imprudente cariño como me sucedió á mí. Por eso os prevengo para que vivais sobre aviso, de manera que ameis á vuestras esposas tiernamente segun Dios os lo manda y la naturaleza arreglada os lo inspira; mas no os afemincis como aquel valientísimo Hércules,

que despues que venció leones, javalíes, hidras y cuánto se le puso por delante, se dejó avasallar tanto del amor de Omfale que ésta lo desnudó de la piel del leon Nemeo, lo vistió de muger, lo puso á hilar, y aun le reñia y castigaba cuando quebraba algun huso, ó no cumplia la tarea que le daba. ¡Qué vergonzosa es semejante afeminacion aun en la fábula!

Las mugeres saben muy bien aprovecharse de esta loca passion, y tratan de dominar á semejantes maridos de mantequilla.

Cólera da ver á muchos de estos que no conociendo ni sabiendo sostener su carácter y superioridad, se abaten hasta ser los criados de sus mugeres. No tienen secreto por importante que sea, que no les revelan, no hacen cosa sin tomarles parecer, ni dan un paso sin su permiso. Las mugeres no han menester tanto para querer salirse de su esfera, y si conocen que este rendimiento del hombre se lo han grangeado con su hermosura, entónces desenrollan de una vez todo su espíritu dominante, y ya teneis en cada una de estas una Omfale, y en cada hombre abatido un Hércules marica y sinvergüenza. En este caso, cuando las mugeres hacen lo que se les antoja á su arbitrio, cuando tienen á los hombres en nada, cuando los encuernan, cuando los mandan, los injurian y aún les ponen las manos, como lo he visto muchas veces, no hacen mas sino cumplir con su inclinacion natural, y castigar la vileza de sus maridos ó amantes sin prevenirlo.

Dios nos libre de un hombre que tiene miedo á su muger, que es preciso que le tome su parecer para ir á hacer esto ó aquello, que sabe que le ha de dar razon de adonde fué y de donde viene, y que si su muger grita y se altera, él no tiene mas recurso que apelar á los mimos y caricias para contentarla. Estos hombres, indignos de nombre tan superior, están siempre dispuestos á ser unos descendientes del cabrío, y unos padres de familia ineptísimos; porque ellos no dirigen á sus hijos, sino ellas. Los mismos muchachos advierten temprano



la superioridad de las madres, y no tienen á sus padres el menor miramiento; y mas cuando notan que si cometen alguna picardia por la que el padre los quiere castigar, con acogerse á la madre, ésta los defiende, y si se ofrece, arma una pendencia al padre, y se queda cometida la culpa y eludida la pena.

No sin razon dijo Terencio que las madres ayudan á sus hijos en las iniquidades, y estorban el que sus padres los corrijan. Lo que os pondré en una estrofitá para que la tengais en la memoria.

Suelen ayudar las madres
A la maldad de sus hijos,
Impidiendo que los padres
Les den el justo castigo.

Es verdad que ni mi padre ni mi madre eran de los hombres afeminados, ni de las mugeres altivas que he dicho. Mi padre algunas veces se sostenia, y mi madre jamás se alteraba ni se alzaba, como dicen, con el santo y la limosna; lo que sucedia era que cuando no le valian sus insinuaciones y sus ruegos para hacer á mi padre desistir de su intento, apelaba á las lágrimas, y entónces era como milagro que no se saliera con la suya; porque las lágrimas de una muger hermosa y amada, son armas eficacísimas para vencer al hombre mas circunspecto.

e se im-

Sin embargo, algunas ocasiones se sostenia con tor eso ingor. Era bueno que siempre hubiera conservado algunos años. ter; mas los hombres no somos dueños de el chiqueo de mi todas horas, aunque siempre debiéramos sentas, el indolente

Finalmente: llegó el dia en que me pusieron compañía de tante fué el de D. Manuel Enriquez, sugeto bien con natural per-xico, así por su buena conducta, como por su grespíritu, me cion y aseptada habilidad para la enseñanza dos á costa de latina, pues en su tiempo nadie le disputó la maestro, y del

cuantos preceptores particulares habia en esta ciudad; mas por una tenaz y general preocupacion que hasta ahora domina, nos enseñaba mucha gramática y poca latinidad. Ordinariamente se contentan los maestros con enseñar á sus discípulos una multitud de reglas que llaman *palitos*, con que hagan unas cuantas oracioncillas, y con que traduzcan el Breviario, el Concilio de Trento, el catecismo de San Pio V, y por fortuna algunos pedacillos de la Eneida y Ciceron. *Con semejante método salen los muchachos habladores y no latinos*, como dice el padre Calasanz en su Discernimiento de ingenios. Tal salí yo, y no podia salir mejor. Saqué la cabeza llena de reglitas, adivinanzas, frases y equivoquillos latinos; pero en esto de inteligencia en la pureza y propiedad del idioma, ni palabra. Traducia no muy mal y con alguna facilidad las homilias del Breviario, y los párrafos del Catecismo de los curas; pero Virgilio, Horacio, Juvenal, Persio, Lucano, Tácito y otros semejantes, hubieran salido vírgenes de mi inteligencia si hubiera tenido la fortuna de conocerlos, á excepcion del primer poeta que he nombrado, pues de éste sabia alguna cosita que le habia oído traducir á mi sábio maestro. Tambien supe medir mis versos, y lo que era exámetro, pentámetro &c.; pero jamás supe hacer un distico.

A pesar de esto, y al cabo de tres años acabé mis primeros disticos con satisfacción, pues me aseguraban que era yo un poeta, y yo lo creía mas que si lo viese. ¡Válgate el dios propio y cómo nos engañas á ojosvistas! Ello me opusieron á toda gramática, y quedé sobre el pecho de mi maestro y convicados muy contentos, y mis amigos muy huecos que si me hubiera opuesto á la materia y la hubiera obtenido.

Después de esta funcion, las galas, los abrazos, los agraciados á mi maestro, y mi salida del estudio; aunque yo me acordaba de las cosas que aprendí y repasé



en aquellos tres años. Como allí no habia un corto número de niños, como en mi buena escuela, sino que habia infinidad de muchachos entre pupilos y capenses, todos hijos de sus madres, y de tan diferentes genios y educaciones, y yo siempre fuí un maleta de primera, tuve la maldita atingencia de escoger para mis amigos á los peores; y me correspondieron fielmente y con la mayor facilidad; ya se vé, que cada oveja ama su pareja, y esto es corriente, el asno no se asocia con el lobo, ni la paloma con el cuervo: cada uno ama su semejante. Así yo no me juntaba con los niños sensatos, pundonorosos y de juicio, sino con los maliciosos y estraviados, con cuyas amistades y compañías cada dia me remataba mas, como os sucederá á vosotros y á vuestros hijos, si despreciando mis lecciones no procurais ó hacerlos que tengan buenos amigos, ó que no tengan ninguno, pues es infalible el axioma divino que nos dice: *con el santo seras santo; y te pervertirás con el perverso*. Así me sucedió puntualmente: bien, que yo ya estaba pervertido; pero con la compañía de los malos estudiantes me acabé de perder enteramente.

Paréceme que al leer estos renglones exclamáis: ¿cómo se mudó tan presto nuestro padre? pues en la última escuela en que estuvo, ¿no habia olvidado las malas propiedades que habia adquirido en la primera? ¿cómo fué esta metamorfosis tan violenta? Hijos míos: las buenas ó malas costumbres que se imprimen en la niñez, echan muy profundas raices, por eso importa tanto el dirigir bien á las criaturas en sus primeros años. Los vicios que yo adquirí en los míos, ya por el chiqueo de mi madre, las adulaciones de las viejas mis parientas, el indolente método de mi maestro, el pésimo ejemplo y compañía de tanto muchacho desreglado, y sobre todo esto, por mi natural perverso y mal inclinado, profundizaron mucho en mi espíritu, me costó demasiado trabajo irme deshaciendo de ellos á costa de no pocas reprensiones y caricias de mi buen maestro, y del

continuo buen ejemplo que me daban los otros niños. Me parece que si nunca me hubieran faltado semejantes preceptos y condiscípulos, no me hubiera vuelto á estraviar, sino que hubiera asentado una conducta acendrada y religiosa, pero ¡ah! que no hay que fiar en enmiendas forzadas ó pasajeras, porque en faltando el respeto ó el fervor, se lleva el diablo esta clase de enmiendas, y quedamos con nuestro vestido antiguo ó tal vez peores.

Así lo experimenté yo, bien á mi costa. Estaban mis pasiones sofocadas, no muertas: mi perversa inclinacion estaba como retirada; pero aun permanecia en mi corazon como siempre: mi mal genio no se habia estinguido; estaba oculto solamente como las brazas debajo de la ceniza que las cubre: en una palabra, yo no obraba tan mal y con el descaro que antes, por el amor y respeto que tenia á mi prudente maestro, y por la vergüencilla que me imponian los demas niños con sus buenas acciones; pero no porque me faltaban ganas ni disposicion.

En efecto, luego que me separé de estos testigos, á quienes respetaba, y me uní otra vez á otros compañeros tan disipados como yo, volví á soltar la rienda á mis pasiones: corrieron estas con el desenfreno propio de la edad, y se salieron del círculo de la razon, así como un rio se sale de madre cuando le faltan los diques que lo contienen.

Sin duda era el muchacho mas maldito entre los mas relajados estudiantes; porque yo era el *Non plus ultra* * de los bufones y chocarreros. Esta sola cualidad prueba que no era mi carácter de los buenos, pues en sentir del sabio Pascal, *hombre chistoso, ruin carácter*. Ya sabéis que en los colegios estas frases, *parar la bola, pandorguear, cantaletear*, y otras, quieren decir: *mofar, insultar, provocar, zaherir, injuriar, in-*

* Alusion á la inscripcion de las columnas de Hércules en Cádiz, que despues del descubrimiento de América enmendó España, poniendo *Plus ultra* en dos columnas, entre las que colocó su escudo de armas. E.

comodar y agraviar por todos los modos posibles á otro pobre; y lo mas injusto y opuesto á las leyes de la virtud, buena crianza y hospitalidad es, que estos graciosos hacen lucir su habilidad infame sobre los pobres niños nuevos que entran al colegio. Hé aquí cuan recomendables son estos truanes majaderos para que atados á un pilar del colegio sufrieran cien azotes por cada *pandorga* de estas; pero lo sensible es, que los *catedráticos, pasantes, sotaministros* y demás personas de autoridad en tales comunidades, se desentienden del todo de esta clase de delito, que lo es sin duda grave, y pasa por *muchachada*, aun cuando se quejan los agraviados, sin advertir que esta su condescendencia autoriza esta depravada corruptela, y ella ayuda á acabar de formar los espíritus crueles de los estragadores como yo, que veia llorar á un niño de estos desgraciados, á quienes afligia sumamente con las injurias y befa que les hacia, y su llanto, que me debia enternecer y refrenar, como que era el fruto del sentimiento de unas criaturas inocentes, me servia de entremés y motivo de risa, y de redoblar mis befas con mas empeño.

Considerad por aquí cuál seria mi bella índole, cuando tenia la fama de ser el mejor *pandorguista* de todo el colegio, y decian mis compañeros que yo le paraba la bola á cualquiera; que era lo mismo que decir que yo era el mas indigno de todos ellos, y que ninguno, bueno ó malo, dejaria de incomodarse si escuchaba en su contra mi maldita lengua. ¿Os parece, hijos míos, esta circunstancia algo favorable? ¿Con ella sola no advertís mi depravado espíritu y condicion? porque el hombre que se complace en afligir á otro su semejante, no puede ménos que tener un alma ruin y un corazon protervo. Ni valga decir, que lo hacen unos muchachos, pues esto lo que prueba es, que si aun desde muchachos son malos, de grandes serán peores, si Dios y la razon no los modera, lo que no es muy comun. Yo tuve una multitud de condiscípulos, y por observacion he

visto que es raro el que ha salido bueno de entre estos genios burlones con exceso; y lo peor es que hay mucho de esto en nuestros colegios.

Por estos principios conoceréis que era perverso en todo. En fin, entré á estudiar filosofía.

CAPITULO V.

Escribe Periquillo su entrada al curso de artes: lo que aprendió: su acto general, su grado, y otras curiosidades que sabrá el que las quisiere saber.

A CABE mi gramática, como os dije, y entré al máximo y mas antiguo colegio de S. Ildefonso á estudiar filosofía, bajo la direccion del Dr. D. Manuel Sanchez y Gomez, que hoy vive para ejemplar de sus discípulos. Aun no se acostumbraba en aquel ilustre colegio, seminario de doctos y ornamento en ciencias de su metrópoli, aun no se acostumbraba, digo, enseñar la filosofía moderna en todas sus partes; todavía resonaban en sus aulas los ergos de Aristóteles. Aun se oía discutir sobre el *ente de razon, las cualidades ocultas y la materia prima*, y esta misma se definía con la esplicacion de la nada, *nec est quid, &c.* Aun la fisica experimental no se mentaba en aquellos recintos, y los grandes nombres de *Cartesio, Newton, Muschenbreck* y otros, eran poco conocidos en aquellas paredes que han depositado tantos ingenios célebres y únicos, como el de un Portillo. En fin, aun no se abandonaba enteramente el sistema peripatético que por tantos siglos enseñoreó los entendimientos mas sublimes de la Europa, cuando mi sabio maestro se atrevió el primero á manifestarnos el camino de la verdad sin querer parecer singular, pues escogió lo mejor de la lógica de Aristóteles y lo que le pareció mas probable de los autores modernos en los rudimentos de fisica que nos enseñó; y de este modo fuimos unos verdaderos eclécticos, sin adherir caprichosamente á ninguna opinion, ni deferir sistema alguno, solo por inclinacion al autor,

A pesar de este prudente método, todavía aprendimos bastantes despropósitos de aquellos que se han enseñado por costumbre, y los que convenia quitar, segun la razon y hace ver el ilustrísimo Feijoo, en los discursos X, XI y XII, del tomo 7 de su teatro crítico.

Así como en el estudio de la gramática aprendí varios equivoquillos impertinentes, segun os dije, como *Caracoles comes; pastorcito come adoves: non est peccatum mortale occidere patrem sum*, y otras simplezas de estas; así tambien en el estudio de las sùmulas aprendí luego luego mil sofismas ridículos, de los que hacia mucho alarde con los condiscípulos mas cándidos como por ejemplo: *besar la tierra es acto de humildad: la muger es tierra, luego &c.* *Los apóstoles son doce, S. Pedro es apóstol ergo &c.*; y cuidado, que echaba yo un ergo con mas garbo que el mejor doctor de la academia de Paris, y le empataba una negada á la verdad mas evidente, ello es, que yo argüia y disputaba sin cesar, aun lo que no podia comprender, pero sabia fiar mi razon de mis pulmones, en frase del padre Isla. De suerte que por mas quinadas que me dieran mis compañeros, yo no cedía. Podia haberles dicho: á entendimiento me ganarán; pero á griton no: cumpliéndose en mí, cada rato, el comun refran de que *quien mal pleito tiene, á voces lo mete.*

¡Pues qué tal seria yo de tenaz y tonto despues que aprendí las reducciones, reduplicaciones, equipolencias y otras baratijas, especialmente ciertos desatinados versos, que os he de escribir solamente porque véais á lo que llegan los hombres por las letras. Leed, y admirad.

Barbara, Celarent, Darii Ferio Baralipon
Celantes, Dabitis, Fapesmo, Frisesonorum
Cesare, Camestres, Festino, Baroco, Darapti.
Felapton, Disamis, Datisi, Bocardo, Ferison.

¡Qué tal! ¡No son estos versos estupendos? ¡no están mas propios para adornar redomas de botica que para enseñar re-

glas sólidas y provechosas? Pues hijos míos, yo percibí inmediatamente el fruto de su invención; porque desatinaba con igual libertad por *Bárbara* que por *Ferison*, pues no producía más que barbaridades á cada palabra. Primero aprendí á hacer sofismas que á conocerlos y desvanecerlos: antes supe observar la verdad que indagarla: efecto natural de las preocupaciones de las escuelas y de la pedantería de los muchachos.

En medio de tanta barahunda de voces y terminajos exóticos, supe qué cosa eran silogismo, entimema sorites y dilema. Este último es argumento terrible para muchos señores casados, porque lastima con dos cuernos, y por eso se llama bicornuto.

Para no cansaros, yo pasé mi curso de lógica con la misma velocidad que pasa un rayo por la atmósfera sin dejarnos señal de su carrera, y así después de disputar hartó y seguido sobre las operaciones del entendimiento, sobre la lógica natural, artificial y utente: sobre su objeto formal y material: sobre los modos de saber: sobre si Adán perdió ó no la ciencia por el pecado: (cosa que no se le ha disputado al demonio) sobre si la lógica es ciencia ó arte, y sobre treinta mil cositas de estas, yo quedé tan lógico como sastre; pero eso sí, muy contento y satisfecho de que sería capaz de concluir con el *ergo* al mismo Estagirita: ignoraba yo que por los frutos se conoce el árbol, y que según esto, lo mismo sería meterme á disputar en cualquiera materia, que dar á conocer á todo el mundo mi insuficiencia. Con todo eso, yo estaba más hueco que un calabazo, y decía á boca llena que era lógico como casi todos mis discípulos.

No corrí mejor suerte en la física. Poco me entretuve en distinguir la particular de la universal: en saber si esta trataba de todas las propiedades de los cuerpos, y si aquella se contraía á ciertas especies determinadas. Tampoco averigüé qué cosa era física experimental, ó teórica: ni en distinguir el es-

perimento constante del fenómeno raro, cuya causa es incógnita: ni me detuve en saber qué cosa era *mecánica*: cuáles las leyes del movimiento y la quietud: qué significaban las voces *fuerza*, *virtud*, y cómo se componían ó descomponían estas cosas: menos supe qué era *fuerza centripeta*, *centrifuga*, *tangente*, *atracción*, *gravidad*, *peso*, *potencia*, *resistencia*, y otras friolerillas de esta clase: y ya se debe suponer que si esto ignoré, mucho menos supe qué cosa era *estática*, *hidrostática*, *hidráulica*, *aerometría*, *óptica* y trescientos palitroques de estos; pero en cambio, disputé fervorosamente sobre si la esencia de la materia estaba conocida, ó no: sobre si la trina dimensión determinada era su esencia, ó el agua: sobre si repugnaba el vacío en la naturaleza: sobre la divisibilidad en infinito, y sobre otras alharacas de este tamaño, de cuya ciencia ó ignorancia maldito el daño ó provecho que nos resulta. Es cierto que mi buen preceptor nos enseñó algunos principios de geometría, de cálculo y de física moderna; mas fuérase por la cortedad del tiempo, por la superficialidad de las pocas reglas que en él cabían, ó por mi poca aplicación, que sería lo más cierto, yo no entendí palabra de esto; y sin embargo decía al concluir este curso, que era *físico*, y no era más que un ignorante patarato; pues después que sustenté un acatillo de física, de memoria, y después que hablaba de esta enorme ciencia con tanta satisfacción en cualquiera concurrencia, tomo que me mochen si hubiera sabido explicar en qué consiste que el chocolate dé espuma, mediante el movimiento del molinillo; por qué la llama hace figura cónica, y no de otro modo: por qué se enfria una taza de caldo ú otro licor soplandola, ni otras cosillas de estas que traemos todos los días entre manos.

Lo mismo, y no de mejor modo, decía yo que sabía metafísica y ética, y por poco aseguraba que era un nuevo Salomón después que concluí, ó concluyó conmigo, el curso de artes.

En esto se pasaron dos años y medio: tiempo que se aprove-

clara mejor con menos reglitas de sùmulas, algun ejercicio en cuestiones ùtiles de lùgica, en la enseñanza de lo muy principal de metafisica, y cuanto se pudiera de fisica, teórica y experimental.

Mi maestro creo que asi lo hubiera hecho si no hubiera temido singularizarse, y tal vez hacerse objeto de la crítica de algunos zoylos, si se apartaba de la rutina antigua enteramente.

Es verdad, y esto ceda siempre en honor de mi maestro; es verdad que, como dejo dicho, ya nosotros no disputábamos sobre el *ente de razon, cualidades occultas, formalidades, heccidades, quiddidades, intenciones*, y todo aquel enjambre de voces insignificantes con que los aristotélicos pretendian explicar todo aquello que se escapaba á su penetracion. “Es verdad (dirémos con Juan Buchardo Mecknio) que no se oyen ya en „nuestras escuelas estas cuestiones con la frecuencia que en los „tiempos pasados; pero ¿se han aniquilado del todo? ¿Están enteramente limpias las universidades de las heces de la barbarie? Me temo que dura todavia en algunas la tenacidad de las „antiguas preocupaciones, si no del todo, quizá arraigada en „cosas que bastan para detener los progresos de la verdadera „sabiduria.” Ciertamente que la declamacion de este critico tiene mucho lugar en nuestra México.

Llegó por fin el dia de recibir el grado de bachiller en artes. Sostuve mi acto á satisfaccion, y quedé grandemente, así como en mi oposicion á toda gramática; porque como los réplicas no pretendian lucir, sino hacer lucir á los muchachos, no se empeñaban en sus argumentos, sino que á dos por tres se daban por muy satisfechos con la solucion menos nerviosa, y nosotros quedábamos mas anchos que verdolaga en huerta de indio, creyendo que no tenian instancia que oponernos. ¡Qué ciego es el amor propio!

Ello es que así que asado, yo quedé perfectamente, ó á lo ménos así me lo persuadí, y me dieron el grande, el sonoro

y retumbante título de *baccalaureo*, y quedé aprobado *ad omnia*. (*) ¡Santo Dios! ¡Qué dia fué aquel para mí tan plausible, y qué hora la de la ceremonia tan dichosa! Cuando yo hice el juramento de instituto, cuando colocado frente de la cátedra en medio de dos señores bedeles con mazas al hombro, me oí llamar bachiller en concurso pleno, dentro de aquel soberbio general, y nada menos que por un señor doctor, con su capelo y borla de limpia y vistosa seda en la cabeza, pensé morirme, ó á lo menos volverme loco de gusto. Tan alto concepto tenia entonces formado de la bachilleria, que aseguro á ustedes que en aquel momento no hubiera trocado mi título por el de un brigadier ó mariscal de campo. Y no creais que es hiperbólica esta proposicion, pues cuando me dieron mi título en latin y autorizado formalmente, eroció mi entusiasmo de manera, que si no hubiera sido por el respeto de mi padre y convidados que me contenia, corro las calles, como las corrió el Ariosto cuando lo coronó por poeta Maximiliano I. ¡Tanto puede en nosotros la violenta y excesiva excitacion de las pasiones, sean las que fueren, que nos engaña y nos saca fuera de nosotros mismos como febricitantes ó dementes!

Llegamos á mi casa, la que estaba llena de viejas y mozas, parientas y dependientes de los convidados, los cuales luego que entré, me hicieron mil zalemas y cumplidos. Yo correspondí mas esponjado que un guajolote; ya se ve, tal era mi vanidad. La inocente de mi madre estaba demasiado placentera: el regocijo le brotaba por los ojos.

Desnudéme de mis hábitos clericales y nos entramos á la sala donde se habia de servir el almuerzo, que era el centro á que

(*) *Para todo*: Con esta frase se designan en el Título los que pueden á virtud de él seguir cursando cualquiera de las facultades mayores; á distincion de cuando no es la aprobacion general, pues entonces no se pueden cursar, sino las facultades espresadas en el Título.—E.

se dirigian los parabienes y ceremonias de aquellos comedidísimos comedores. Creedme, hijos míos, los casamientos, los bautismos, las cantamisas y toda fiesta en que veáis concurrencia, no tienen otro mayor atractivo que la *mamuncia*. Sí, la *coca*, la *coca* es la campana que convoca tantas visitas, y la bandera que recluta tantos amigos en momentos. Si estas fiestas fueran á secas, seguramente no se vieran tan acompañadas.

Y no penseis que solo en México es esta pública gorronería. En todas partes se cuecen habas, y en prueba de ello, en España es tan corriente, que allá saben un versito que alude á esto. Así dice.

*A la raspa venimos,
Virgen de Illescas,
A la raspa venimos;
Que no á la fiesta.*

Así es, hijos, á la raspa va todo el mundo y por la raspa; que no por dar días ni parabienes. Pero ¡qué mas! Si yo he visto que aun en los pésames no falta la raspa, ántes suelen comenzar con suspiros y lamentos y concluir con bizcochos, queso, aguardiente, chocolate ó almuerzo, segun la hora: ya se ve, que habrán oído decir, que los duelos con pan son menos, y que á barriga llena, corazon contento.

No os disgusteis con estas digresiones, pues á mas de que os pueden ser útiles, si os sabeis aprovechar de su doctrina, os tengo dicho desde el principio, que serán muy frecuentes en el discurso de mi obra, y que esta es fruto de la inaccion en que estoy en esta cama; y no de un estudio sério y meditado; y así es que voy escribiendo mi vida segun me acuerdo, y adornándola con los consejos, crítica y erudicion que puedo en este triste estado: asegurandoos sinceramente que estoy muy lejos de pretender ostentarme sabio, así como deseo seros útil como padre, y quisiera que la lectura de mi vida os fuera provechosa

y entretenida, y beberais el saludable amargo de la verdad en la dorada copa del chiste y de la erudicion. Entonces sí estaria contento y habria cumplido cabalmente con los deberes de un sólido escritor, segun Horacio, y conforme mi libre traduccion:

*De escritor el oficio desempeña,
Quien divierte al lector y quien lo enseña.*

Mas en fin, yo hago lo que puedo; aunque no como lo deseo.

Sentámonos á la mesa, comenzamos á almorzar alegremente, y como yo era el santo de la fiesta, todos dirigian ácia mí su conversacion. No se hablaba sino del niño bachiller, y conociendo cuan contentos estaban mis padres, y yo cuan envejecido con el tal título, todos nos daban no por donde nos dolia, sino por donde nos agradaba. Con esto no se oía sino: tenga vd. bachiller: beba vd. bachiller: mire vd. bachiller: y torna bachiller, y vuelve bachiller, á cada instante.

Se acabó el almuerzo: despues siguió la comida y á la noche el bailecito, y todo ese tiempo fué un continuo *bachillereamiento*. ¡Válgame Dios y lo que me *bachillerearon* ese día! hasta las viejas y las criadas de casa me daban mis *bachillereadas* de cuando en cuando. Finalmente, quiso la Magestad divina que concluyera la frasca, y con ella tanta bachillería. Fueronse todos á sus casas. Mi padre quedó con sesenta ó setenta pesos menos, que le costó la funcion; yo con una presuncion mas, y nos retiramos á dormir que era lo que faltaba.

A otro dia nos levantamos á buena hora; y yo que pocas ántes habia estado tan ufano con mi título, y tan satisfecho con que me estuvieran regalando las orejas con su repeticion, ya entonces no le percibia ningun gusto. ¡Qué cierto es que el corazon del hombre es infinito en sus deseos, y que únicamente la sólida virtud puede llenarlo!

No entendais que ahora me hago el santucho y os escribo es-

tas cosas por haceros creer que he sido bueno. No: lejos de mí la vil hipocresia. Siempre he sido perverso, ya os lo he dicho, y aun postrado en esta cama, no soy lo que debía; mas esta confesion os ha de asegurar mejor mi verdad, porque no sale empujada por la virtud que hay en mí, sino por el conocimiento que tengo de ella, y conocimiento que no puede esconder el mismo vicio; de suerte, que si yo me levanto de esta enfermedad y vuelvo á mis antiguos extravios (lo que Dios no permita) no me desdejaré de lo que ahora os escribo, ántes os confesaré que hago mal; pero conozco el bien, segun se espresaba Ovidio.

Volviendo á mí, digo, que á los dos ó tres dias de mi grado, determinaron mis padres enviarme á divertir á unos herraderos que se hacian en una hacienda de un su amigo, que estaba inmediata á esta ciudad. Fuíme en efecto....

CAPITULO VI.

En el que nuestro bachiller da razon de lo que le pasó en la hacienda, que es algo curioso y entretenido.

LEGUE á la hacienda en compañía del amigo de mi padre, que era no menos que el amo ó dueño de ella. Apeámonos y todos me hicieron una acogida favorable.

Con ocasion del divertimento que habia de los herraderos, estaba la casa llena de gente lucida, asi de México como de los demas pueblos vecinos.

Entramos á la sala, me senté en buen lugar en el estrado; porque jamás me gustó retirarme á largo trecho de las faldas, y despues que hablaron de varias cosas de campo, que yo no entendia, la señora grande, que era esposa del dueño de la dicha hacienda, trabó conversacion conmigo y me dijo: conque señorito, ¿qué le han parecido á vd. esos campos por donde ha pasado? Le habrán causado su novedad, porque es la primera vez

que sale de México, segun noticias. Así es, señora, la dije, y los campos me gustan demasiado. Pero no como la ciudad, ¿es verdad? me dijo. Yo por politica le respondí: sí señora, me han gustado, aunque ciertamente no me desagrada la ciudad. Todo me parece bueno en su línea; y así estoy contento en el campo como en el campo; y divertido en la ciudad como en la ciudad. Celebraron bastante mi respuesta, como si hubiera dicho alguna sentencia catoniana, y la señora prosiguió el elogio diciendo: sí, sí, el colegial tiene talento, aunque luciera mejor si no fuera tan travieso, segun nos ha dicho Januario.

Este Januario era un jóven de diez y ocho á diez y nueve años, sobrino de la señora, condiscípulo siempre y grande amigo mio. Tal salí yo, porque era demasiado burlon y gran bellaco, y no le perdí pisada ni dejé de aprovecharme de sus lecciones. El se hizo mi íntimo amigo desde aquella primera escuela en que estuve, y fué mi eterno ahuzote (*) y mi sombra insepa-

* Parece que esta frase tuvo origen desde el tiempo de la gentilidad entre los indígenas, á los que gobernó desde el año de 1482 hasta el de 1502 el emperador Ahuitzotl, cuya palabra mexicana quiere decir *agüero*. Este hombre cruel y sanguinario hizo morir en la dedicacion del templo principal de México, mas de 64.000 víctimas humanas, segun dicen varios autores; pero el padre Torquemada asegura que en los cuatro dias que duró la fiesta fueron sacrificados 72.344 prisioneros. Esta matanza causó tan horrorosa impresion en los mexicanos sus súbditos, que desde aquel tiempo llamaron *ahuitzotl* al perseguidor, ó al que causa daño de cualquiera género.

Para consuelo de la humanidad, la sana crítica no carece de razones para persuadir que si este hecho (que no tiene semejante en los anales de la barbaridad) no es fabuloso, es á lo menos muy cesagerado, debiendo sospecharse que se ha cometido algun error ó en la numeracion de los MS. que tuvieran presentes los AA., ó en la interpretacion de las cifras y geroglíficos de los mexicanos, ó en la significacion de las voces de su idioma. Pero este asunto no es de este lugar, y siem-